

dicio, a saber, la manera o forma con que  
 Dios comunica a los hombres el poder, so-  
 bre lo cual, la escuela escolástica depende  
 que lo hace "tametsi manifeste", es decir,  
 refiriendo a la persona misma que deba re-  
 gularlos y la escuela católica enseña y  
 sostiene que Dios comunica el poder co-  
 munitario "mediatamente", es decir, por medio  
 del pueblo, a quien ha dejado la facultad  
 de elegir a sus gobernantes. Estas doctrinas  
 han sido preñadas, pues, sobre la forma  
 de los gobiernos y conviene así a las mo-  
 durnas como a las repúblicas. Esto se  
 lo bastaría para vindicar a la Iglesia cató-  
 lica de la calumniosa acusación que con-  
 tra ella se hace de que su doctrina es la  
 votable al despotismo.  
 Pero la doctrina de la Iglesia es docu-  
 mentada de la luz de amor, de libertad y el espí-  
 ritu del cristianismo es el más conueniente  
 a la servidumbre y el más favorable a la  
 verdadera libertad; razón por la cual, y  
 para terminar esta serie de artículos, no  
 podemos menos que exclamar con el Sr.  
 de Ramière: "Decir lo contrario, es men-  
 tir ante la evidencia de los hechos y ante  
 la evidencia de los textos; es traspasar el  
 límite de la audacia que pueda tolerarse  
 aun al sofista de profesión".



las cosas son la ausencia de la luz. La  
 negación de la verdad es la falsedad.  
 Lo que se dice del árbol por sus  
 frutos, puede también decirse del  
 árbol moral e intelectual.  
 El bien existe por el mal, el mal no  
 es más que la ausencia del bien.  
 El bien es la afirmación; el mal, la ne-  
 gación.

### EL YUGO DE LA VERDAD

Las cosas verdaderas son y existen por  
 su propia naturaleza.  
 Las cosas falsas son la negación de la  
 existencia, la ausencia de la verdad.  
 En el momento mismo en que allá en el  
 principio de los tiempos el Sér Creador  
 abrió sus divinos labios y dijo: "Sea la  
 luz," la luz fué, la luz comenzó á existir  
 como un ente real y verdadero, por su  
 propia naturaleza, y en alas del éter, in-  
 vadió con oleadas gigantescas los infini-  
 tos campos del firmamento.  
 Las tinieblas que llenaban el espacio  
 antes de que la luz existiera; qué eran en-  
 tonces sino la negación, la ausencia de la  
 luz.  
 En el primer caso, niegan a sus errores

La luz, pues, es la existencia del sér conocido con este nombre, es la verdad; y las tinieblas son la ausencia de la luz, la negación de la verdad.

Lo que se dice del orden puramente material, puede afirmarse también del orden moral é intelectual.

El bien existe por sí mismo: el mal no es más que la ausencia del bien.

El bien es la afirmación; el mal, la negación.

Una verdad religiosa, científica ó social, es la afirmación de la existencia de esa verdad en la mente infinita del Supremo Sér, que es la misma verdad, la verdad por excelencia, y que cual Océano inmenso las abraza y comprende á todas.

El error no es más que la negación de la verdad.

A la luz de estos principios, podemos afirmar, en consecuencia, que la doctrina católica, que es un conjunto de afirmaciones, es la verdad, y es la verdad, porque es la universal afirmación.

Las sectas son el error, porque niegan las verdades religiosas, y sus doctrinas no son más que un conjunto de negaciones y afirmaciones, ó solamente de negaciones. En el primer caso, mezclan á sus errores

algunas verdades; en el segundo, se apartan de una manera completa de la verdad; y aunque entre ésta y el error no cabe término medio, analizándose y comparándose en conjunto las diversas doctrinas, al verificarlo separadamente y uno á uno respecto de sus dogmas, puede hallarse algunos que sean verdaderos, y otros que no lo sean.

En primera línea, se presenta el ateísmo, con arrogante altivez, enseñando con ademán insolente la hoja en blanco de su Credo. El ateísmo es la suprema negación en materias religiosas y, por consiguiente, es también el supremo error.

En pos del ateísmo viene el deísmo, y, con voz balbuciente y remisa, apenas osa pronunciar un débil "Creo en Dios" y nada más, deteniéndose ante esta frase que se le ha escapado casi á su pesar. El dios del deísmo es un dios triste, ocioso y solitario, que desdeña aun dirigir una sola mirada á ese ejército innumerable de globos que se mueven en el espacio, y que así pudieron haber sido creados por El en un momento de pasajera actividad, como haber surgido de repente ante la mágica varita del acaso, ó ser eternos como Dios.

Siguiendo las huellas del deísmo se precipita en confuso tropel la muchedumbre de las sectas protestantes y todas aquellas que tienen por base el libre pensamiento: su

número es incontable y sus credos concuerdan entre sí en algunos puntos y difieren en otros; pero hay una circunstancia digna de notarse, y es, que todas ellas están conformes en cuanto á que niegan uno ó más dogmas del catolicismo, pero difieren en cuanto al dogma que niegan, de tal manera, que sus afirmaciones, por una parte, y sus negaciones, por otra, sólo sirven para confirmar las verdades enseñadas de siglo en siglo por la Iglesia católica. En efecto, sus afirmaciones son un homenaje más tributado á las verdades que son su objeto, y sus negaciones parciales, se destruyen por el solo hecho de serlo, pues la negación es la ausencia de la verdad, y además, son destruidas también por las afirmaciones contrarias de las demás sectas. Este hecho nos hace reflexionar en que la doctrina protestante no es una doctrina positiva, sino negativa; sujeta, por otra parte, á constantes variaciones y mudanzas, motivos por los cuales no puede ser la verdad "que afirma," la verdad que es una, eterna, inalterable, sino el error "que niega," el error que es múltiple, vario, suieto siempre á caprichosas transformaciones.

El alma humana es, á la verdad, lo que el ojo á la luz. El alma, que es un ente racional por su propia naturaleza, ha sido

creada para conocer la verdad y gozar de ella. El ojo, que es un órgano corporal, ha sido formado para servirse de la luz, y puede decirse que el ojo vive de la luz, y cuando no se halla en contacto con ella, cuando las tinieblas le cercan con sus espesas velos, tórnase en órgano que para nada sirve.

La luz es para el ojo la verdad, así como en sentido metafórico puede decirse que la verdad es la luz del entendimiento, la luz del alma; y así como el ojo no puede mirar los objetos sino en la forma que la luz se los presenta, sin que pueda librarse de esta especie de tiranía, así el alma no puede comprender las verdades evidentes sino tales como son en sí, sin que pueda jamás cambiar ni aun negar su naturaleza, sin que pueda, en fin, librarse del yugo de la verdad.

El ojo podrá distinguir con mayor ó menor claridad los objetos ó en otra forma, quizás, de lo que son; pero en este caso, ni la luz ni los objetos son los que cambian de naturaleza, sino el ojo es el que, por su imperfección ó su enfermedad, se ha hecho impotente para distinguirlos como son en sí.

Del mismo modo la inteligencia del hombre, que es imperfecta y limitada, podrá conocer con mayor ó menor evidencia, tal ó cual verdad; pero esta verdad ni crece

ni disminuye porque sea total ó parcialmente conocida, sino que permanece siempre la misma, eterna, inalterable como Dios.

La verdad, que tiene una existencia propia, necesaria, cuya naturaleza intrínseca no puede variar, se impone de una manera irresistible á la razón, desde el instante mismo en que la llega á conocer con evidencia, sin que pueda librarse de su yugo, así como el ojo sano no puede mirar los objetos sino en la forma que se los presenta la luz.

La duda sólo consiste en que las inteligencias finitas no tienen la fuerza de percepción necesaria para apoderarse de la verdad, y la voluntad, no hallando fundamentos suficientes para asentir, vacila entre ella y el error.

Si la razón humana fuera perfecta, infinita como la de Dios, y la voluntad del hombre no se hallara enferma, poseería la verdad absoluta, carecería de esa libertad imperfecta que consiste en poder errar y sufriría, por decirlo así, el despotismo de la verdad; mas por una parte, la razón humana es imperfecta, limitada, y no hubiera podido, sin el auxilio de la Revelación divina, conocer muchas verdades, ni podrá llegar jamás á poseer la verdad absoluta, y por otra parte, rota por el pecado la primitiva armonía que existió en-

tre la razón y la voluntad, la primera es á cada paso ofuscada por las sombras de las pasiones, y torcida la segunda por las concupiscencias de la carne, de tal modo, que aunque la razón llega muchas veces á percibir una verdad, la voluntad se alza contra ella con pasmosa obstinación. Es entonces cuando en el santuario de la conciencia surge porfiada lucha, pareciéndonos escuchar en su interior dos voces que sostienen discusión acalorada. La voz de la voluntad triunfa á menudo, eficazmente auxiliada por el incentivo de los placeres ó por el poderoso atractivo de los intereses materiales, y hé aquí por qué vemos constantemente cómo triunfan en el mundo las pasiones y la maldad, y por qué las doctrinas más absurdas hallan en las muchedumbres favorable acogida.

El orgullo humano se ofende ante la evidencia de la verdad y se rebela contra su tiranía que se le hace insoportable, contaplaciéndose y alborozándose cuando logra formular el error que le es contrario ó cuando se le expone una doctrina cualquiera, siempre que no esté apoyada por autoridad alguna ni se presente con pretensiones de imponerse á la razón. Rebélase ante la evidencia de la verdad la razón humana, así como el ojo enfermo no sufre los resplandores de la luz que se le hace insoportable.

“El hombre prevaricador y caído, no ha sido hecho para la verdad, dice el sabio Donoso Cortés, ni la verdad para el hombre prevaricador y caído. Entre la verdad y la razón humana, después de la prevaricación del hombre, surgió una repugnancia inmortal y una repulsión invencible. La verdad tiene en sí los títulos de su soberanía, y no pide venia para imponer su yugo; mientras que el hombre, desde que se rebeló contra su Dios, no consiente otra soberanía sino la suya propia, si no le piden antes su consentimiento y su venia. Por eso, cuando la verdad se pone delante de sus ojos, luego, al punto, comienza por negarla, y negarla es afirmarse á sí propio en calidad de soberano independiente. Si no puede negarla, entra en combate con ella, y combatiéndola, combate por su soberanía. Si la vence, la crucifica; si es vencido, huye; huyendo, cree huir de su servidumbre, y crucificándola, cree crucificar á su tirano.

Por el contrario, entre la razón humana y lo absurdo, hay una afinidad secreta, un parentesco estrechísimo. El pecado los ha unido con el vínculo de un indisoluble matrimonio. Lo absurdo triunfa del hombre, cabalmente porque está desnudo de todo derecho anterior y superior á la razón hu-

mana. El hombre lo acepta cabalmente porque viene desnudo, porque careciendo de derechos no tiene pretensiones; su voluntad lo acepta porque es hijo de su entendimiento, y el entendimiento se complace en él porque es su propio hijo, su propio verbo; porque es testimonio vivo de su potencia creadora.”

La verdad católica, como verdad revelada, cuya evidencia histórica es clara como la luz del medio día, concita en contra suya el ánimo soberbio de los hombres; razón por la cual ha sido y será constantemente combatida con encarnizamiento; mas, por otra parte, su obscuridad dogmática, que no se impone á la razón, es la causa de que prevalezca á pesar de todas las contrariedades.

“En efecto, el cristianismo, humanamente hablando, continúa más adelante el sabio autor que hemos citado, debía sucumbir y era necesario que sucumbiera: debía sucumbir, lo primero, porque era la verdad; lo segundo, porque tenía en su apoyo testimonios elocuentísimos, milagros portentosos y pruebas irrefragables. Jamás el género humano dejó de rebelarse y de protestar contra todas esas cosas separadas; y no era probable, ni creíble, ni ima-

ginable siquiera, que dejara de rebelarse y de protestar contra todas ellas juntas; y de hecho estalló en blasfemias, y en protestas y en rebeldías.

“Empero, el Justo subió á la Cruz por amor; y este amor infinito, y esa preciosísima sangre, merecieron al mundo la venida del Espíritu Santo. Entonces todas las cosas mudaron de faz, porque la razón fué vencida por la fe y la naturaleza por la gracia.

“¡Cuán admirable es Dios en sus obras, cuán maravilloso en sus designios y cuán sublime en sus pensamientos! El hombre y la verdad andaban reñidos; el orgullo indomable del primero, se avenía mal con la evidencia de la segunda. Dios templó la evidencia de ésta, poniéndola entre nubes transparentes, y envió al primero la fe, y enviándosela, ajustó con él este pacto: “Yo dividiré contigo el imperio; yo te diré qué has de creer y te daré fuerza para que lo creas; pero no oprimiré con el yugo de la evidencia tu voluntad soberana; te doy la mano para salvarte, pero te dejo el derecho de perderte; obra conmigo tu salvación ó piérdete tú solo; no te quitaré lo que te di, y el día que te saqué de la nada, te di el libre albedrío.”

Sí, el hombre es libre; pero su libertad, que consiste en la facultad de escoger entre el bien y el mal, entre la verdad y el error, es una libertad imperfecta, porque la perfección de la libertad consiste, por el contrario, en la imposibilidad de decidirse por el mal ó por el error. Dios es perfectamente libre, como es perfectamente bueno, perfectamente justo, perfectamente sabio, perfecto en todo, pues es la misma perfección; y sin embargo, es absolutamente imposible que Dios pueda jamás decidirse por el mal ó por el error.

Es necesario tener presente esta imperfección de nuestra libertad, para procurar vencerla con el auxilio de la fe y de la gracia, que nos han sido dadas para levantar nuestra naturaleza caída. Cuando sentimos anublarse nuestro entendimiento con las sombras del error; cuando escuchemos levantarse airada y poderosa en el fondo del corazón la voz del orgullo ó de las pasiones; cuando nuestra alma pretenda rebelarse y protestar contra la verdad católica, pidamos al Espíritu Divino “que cambió la faz de todas las cosas,” que derrame en nuestro corazón el bálsamo de la gracia, que es el único capaz de cambiar en dulzura su natural dureza y osadía, y que encienda en nuestro entendimiento la luz esplendorosa de la fe, disponiéndolo para aceptar y recibir sin criminales resistencias, el suave yugo de la verdad.